

Domingo de la 3ª semana de Pascua (C)

PRIMERA LECTURA

Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo

Lectura del libro de los Hechos de los apóstoles 5, 27b-32. 40b-41

En aquellos días, el sumo sacerdote interrogó a los apóstoles y les dijo: - «¿No os hablamos prohibido formalmente enseñar en nombre de éste? En cambio, habéis llenado Jerusalén con vuestra enseñanza y queréis hacernos responsables de la sangre de ese hombre.» Pedro y los apóstoles replicaron: - «Hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús, a quien vosotros matasteis, colgándolo de un madero. La diestra de Dios lo exaltó, haciéndolo jefe y salvador, para otorgarle a Israel la conversión con el perdón de los pecados. Testigos de esto somos nosotros y el Espíritu Santo, que Dios da a los que le obedecen.» Prohibieron a los apóstoles hablar en nombre de Jesús y los soltaron. Los apóstoles salieron del Sanedrín contentos de haber merecido aquel ultraje por el nombre de Jesús.

Salmo responsorial 29, 2 y 4. 5 y 6. 11 y 12a y 13b R. *Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.*

SEGUNDA LECTURA

Digno es el Cordero degollado de recibir el poder y la riqueza

Lectura del libro del Apocalipsis 5, 11-14

Yo, Juan, en la visión escuché la voz de muchos ángeles: eran millares y millones alrededor del trono y de los vivientes y de los ancianos, y decían con voz potente: «Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.» Y oí a todas las criaturas que hay en el cielo, en la tierra, bajo la tierra, en el mar -todo lo que hay en ellos-, que decían: «Al que se sienta en el trono y al Cordero la alabanza, el honor, la gloria y el poder por los siglos de los siglos.» Y los cuatro vivientes respondían: «Amén.» Y los ancianos se postraron rindiendo homenaje.

EVANGELIO

Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado

Lectura del santo evangelio según san Juan 21, 1-14

En aquel tiempo, Jesús se apareció otra vez a los discípulos junto al lago de Tiberiades. Y se apareció de esta manera: Estaban juntos Simón Pedro, Tomás apodado el Mellizo, Natanael el de Caná de Galilea, los Zebedeos y otros dos discípulos suyos. Simón Pedro les dice: - «Me voy a pescar.» Ellos contestan: - «Vamos también nosotros contigo.» Salieron y se embarcaron; y aquella noche no cogieron nada. Estaba ya amaneciendo, cuando Jesús se presentó en la orilla; pero los discípulos no sabían que era Jesús. Jesús les dice: - «Muchachos, ¿tenéis pescado?» Ellos contestaron: - «No.» Él les dice: - «Echad la red a la derecha de la barca y encontraréis.» La echaron, y no temían fuerzas para sacarla, por la multitud de peces. Y aquel discípulo que Jesús tanto quería le dice a Pedro: - «Es el Señor.» Al oír que era el Señor, Simón Pedro, que estaba desnudo, se ató la túnica y se echó al agua. Los demás discípulos se acercaron en la barca, porque no distaban de tierra más que unos cien metros, remolcando la red con los peces. Al saltar a tierra, ven unas brasas con un pescado puesto encima y pan. Jesús les dice: - «Traed de los peces que acabáis de coger.» Simón Pedro subió a la barca y arrastró hasta la orilla la red repleta de peces grandes: ciento cincuenta y tres. Y aunque eran tantos, no se rompió la red. Jesús les dice: - «Vamos, almorzad.» Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor. Jesús se acerca, toma el pan y se lo da, y lo mismo el pescado. Ésta fue la tercera vez que Jesús se apareció a los discípulos, después de resucitar de entre los muertos. Después de comer, dice Jesús a Simón Pedro: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos?» Él le contestó: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Jesús le dice: «Apacienta mis corderos.» Por segunda vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me amas?» Él le contesta: «Sí, Señor, tú sabes que te quiero.» Él le dice: «Pastorea mis ovejas.» Por tercera vez le pregunta: «Simón, hijo de Juan, ¿me quieres?» Se entristeció Pedro de que le preguntara por tercera vez si lo quería y le contestó: «Señor, tú conoces todo, tú sabes que te quiero.» Jesús le dice: «Apacienta mis ovejas. Te lo aseguro: cuando eras joven, tú mismo te ceñías e ibas adonde querías; pero, cuando seas viejo, extenderás las manos, otro te ceñirá y te llevará adonde no quieras.» Esto dijo aludiendo a la muerte con que iba a dar gloria a Dios. Dicho esto, añadió: «Sígueme.»

El encuentro junto al lago

La Palabra de Dios sigue hablándonos de la fe en la Resurrección como de un largo y no sencillo proceso. La muerte de Cristo, que sembró de desconcierto y desánimo a los discípulos, provocó también su dispersión.

El escenario de las apariciones cambia de Jerusalén a Galilea. Parece que, pese a las experiencias del Resucitado de los primeros momentos, los discípulos regresan a casa, a la vida cotidiana, a las ocupaciones de siempre. Algunos siguen vinculados, tal vez los galileos, y entre ellos Pedro parece seguir teniendo cierta autoridad, pues de él parte la iniciativa de ir a pescar: la vuelta a casa parece representar la vuelta a la vida de antes, volver a ser sólo un pescador de peces.

Pero la marcha a Galilea puede tener otra clave de lectura. La ofrece Marcos, en cuyo evangelio los ángeles mandan decir a los discípulos que vayan a Galilea: “allí lo veréis” (Mc 16, 7).

Si el episodio de Tomás nos recuerda que el lugar para poder ver al Señor es la comunidad, en la que se ingresa por el bautismo, que es el tema de reflexión de la segunda semana de Pascua, ahora la atención se fija en la Eucaristía. El bautismo es el momento del “primer amor”, la novedad de la fe, el sentirse una criatura nueva al nacer del agua y del espíritu. Y la eucaristía es el sacramento de la vida cotidiana. La vida cotidiana, el terruño, Galilea, las ocupaciones de siempre, la pesca en el lago... Todo eso puede ser, ciertamente, el lugar de la dimisión, del olvido y el abandono de lo que pareció un gran sueño. En la vida cotidiana puede ser “de noche” (cf. Jn 21,3), no se ve nada y esas ocupaciones cotidianas parecen estériles: no pescaron nada. Pero también en la vida cotidiana amanece, llega la luz, también ahí es posible “ver al Señor”. Él mismo se hace el encontradizo, llama e invita, y prepara para nosotros el pan.

La luz de la madrugada permite ver, pero no siempre es posible reconocer... Es lo que les sucede (otra vez) a los discípulos: ven sin reconocer. Es una fe todavía insegura, inmadura, vacilante: por eso Jesús los llama “muchachos”. Pero la presencia incluso no reconocida de Jesús hace que las cosas cambien: el lago y el trabajo cotidiano dejan de ser el lugar de la dimisión para convertirse en misión, la esterilidad se hace abundancia, Galilea, el pequeño mundo, se ensancha y abarca el mundo entero; la red se llena de 153 peces “grandes”. Unos dicen que son las especies de peces conocidas entonces, otros que el número de naciones de la antigüedad... La red abarca “el todo”, al mundo entero, no excluye a nadie, vincula a todos sin importar las diferencias y, pese a ello, no se rompe. La presencia del Resucitado genera una unidad elástica, no rígida, que respeta las diferencias. Donde la unidad se rompe por rigideces, ahí no hemos reconocido el Señor en nuestra orilla.

De hecho, los entendidos dicen que en el Evangelio de Juan y especialmente en estos últimos capítulos se refleja la integración de la comunidad del discípulo amado en la gran Iglesia, la que acepta la autoridad de Pedro. La Iglesia en misión, en efecto, une a la institución y a los carismas, a los que dirigen (“vamos a pescar”) y a los carismáticos que reconocen la presencia del Señor (“es el Señor”), sin rupturas, porque la red es, tiene que ser, elástica y abierta.

Los discípulos reconocen y confiesan por boca del discípulo amado y se reencuentran con el Señor Resucitado, que les devuelve su dignidad de apóstoles: Simón, que desnudo es sólo Simón, se reviste con la túnica que hace de él Pedro, la Roca, y dejando atrás todo temor se lanza al mar, al mundo en que ha de ser de nuevo pescador de hombres, sin dejarse asustar ya más por las dificultades y persecuciones que habrá de afrontar a causa de esta otra pesca, como leemos en el texto de los Hechos de los Apóstoles

El final de este evangelio, el episodio de la triple pregunta de Jesús a Pedro, nos recuerda que, en efecto, sólo en el amor es posible realizar la misión que el Señor nos confía, y que sólo en el amor es posible madurar como discípulo: “cuando seas viejo...”. Para dejar de ser sólo “unos muchachos” y alcanzar la madurez es preciso dejarse interrogar por este Cristo, herido con las huellas de la pasión (el Cordero degollado del libro del Apocalipsis), y responder, siendo consciente de las propias heridas: también Pedro se presenta ante Jesús herido por su orgullo, su cobardía y sus traiciones. Pero esas heridas pueden ser curadas por el misterio del amor, que lleva a la entrega confiada. La insistencia en la pregunta de Jesús parece subrayar: *¿de verdad me amas?* El verdadero amor hay que probarlo superando muchas dificultades, también las que derivan de la propia debilidad. Pero sólo en esa insistencia, que puede llegar a producirnos tristeza, es posible llegar a ser fieles y responder desde el fondo del propio ser, en el que habita la verdad de nuestra vida, y no sólo de boquilla, como mero artículo de fe o de modo puramente formal. La llamada de Jesús, “sígueme”, suena otra vez pero de manera nueva, el camino se reabre: Pedro (el discípulo

probado, maduro) puede de verdad cumplir su misión de pastorear el rebaño de Jesús, porque ahora está dispuesto, como el Buen Pastor, a dar la vida por las ovejas.

La madurez del discipulado es posible en la fidelidad y la perseverancia. Por eso la Eucaristía es el sacramento de la vida diaria. Los símbolos usados: la Palabra, el pan y el vino, nos hablan de la cotidianidad. En la vida cotidiana estamos asediados por la rutina, el aburrimiento, por mil dificultades: la primera lectura nos recuerda las primeras dificultades y persecuciones contra la naciente Iglesia; y sólo si hay perseverancia, fidelidad y constancia es posible seguir adelante, atravesar la noche, ver la luz del amanecer, “ver” al Señor.

Durante esta semana la Iglesia lee y medita en la Eucaristía diaria el discurso de Jesús del pan de vida (Jn 6). Comer el pan y beber la sangre, participar de la persona y la vida de Jesús, alimentar nuestra fe. Pero no es tan fácil. Muchos no entendieron, se echaron atrás “y ya no andaban con Él” (cf. Jn 6, 66). También hoy nos pasa. Nos parece que la misa es aburrida, no nos dice nada, no “vemos” nada ni “sacamos nada de ella” (como en la estéril noche de pesca de los discípulos). Pero es que hay que perseverar, ser fiel, atravesar la noche, confiar en que llegará la madrugada, en que vislumbraremos al Señor, con una fe tal vez vacilante (“muchachos”), pero que será posible reconocerlo, hacer una pesca abundante, llegar a la madurez también en la fe, descubrir que tenemos una misión que realizar, que, pese a todo, también pese a las heridas que la vida nos ha producido, podemos amar a Jesús y confiarnos a Él.

Y es que también en Galilea, o precisamente en Galilea, en lo ordinario de la vida, es posible ver al Señor y encontrarse con él.